

La Flecha en el Aire: ¿Qué Dice y Qué Augura Nuestro Verano del 19?¹

Benjamín Torres Gotay²

Esa flecha está en el aire. Dónde, cuándo y cómo va a impactar, eso es lo que, en este momento no podemos decir. Pero de que el cambio viene, el cambio viene. De hecho, ya empezó.

Menos de un mes antes de que se desataran las protestas del Verano del 19, publiqué una columna en la que reflexionaba sobre la gravísima cultura de corrupción que tiene atenazado a nuestro hermano pueblo de Guatemala. Dos expresidentes están presos, el saliente presidente está siendo investigado y una exprimera dama recientemente fue encarcelada por sospechas de que financió una campaña política con dinero del narcotráfico, son solo algunos ejemplos de lo metida hasta el cuello que está la política de aquel país en el lodazal de la corrupción.

Advertía en aquel texto sobre el peligro de que, si no estábamos alertas, los puertorriqueños íbamos por el mismo camino, sino es que ya estamos ahí. Recordaba en la columna que los guatemaltecos habían empezado a despertar y con protestas callejeras lograron que fuera acusado y arrestado el presidente Otto Pérez Molina, un criminal de carrera que, desde la presidencia, diseñó un esquema mediante el cual él y su círculo cercano le robaron millones de dólares al sistema de aduana de uno de los países más pobres de América.

Terminé la columna haciendo alusión a esas protestas diciendo: “En Guatemala aprendieron a protestar. Aquí, rompemos el internet con memes y después a lamentarnos por quién ganó Miss Puerto Rico”.

No tenía yo en aquel momento, 16 de junio de 2019, casi ninguna fe en que el pueblo de Puerto Rico fuera a reaccionar a los abusos a los que hace décadas viene siendo sometido. No creo que fuera el único que pensaba así. Mi comentario es solo una muestra de cuán asombroso sería lo que pasó apenas unos días después.

El 10 de julio fueron arrestadas las titulares de Educación, Julia Keleher, y de ASES, Ángela Ávila, junto a varios contratistas. El 13 de julio, se revelaron las 889 páginas del chat que estremecieron a Puerto Rico. Sacudido del marasmo por esos dos eventos, el pue-

¹ Reflexión en el contexto de la actividad “Verano 2019: Signos y Aprendizajes para la Iglesia”, co-auspiciada por la Mesa de Diálogo Martin Luther King Jr. y el Simposio Gamaliel Ortiz Nieves. Celebrada el 2 de noviembre de 2019, Iglesia Cristiana Discipulos de Cristo, Urb. El Señorial en San Juan de Puerto Rico.

² **Benjamín Torres Gotay.** Periodista y escritor. Labora en el diario *El Nuevo Día*, donde escribe la columna dominical Las Cosas por su Nombre. btorres@elnuevodia.com

blo generalmente dormido despertó, salió a la calle y exigió respeto. El 24 de julio, casi al filo de la noche, Ricardo Rosselló se convertía en el primer gobernador en la historia del Estado Libre Asociado (ELA) en renunciar a su cargo.

En 15 días, la historia de Puerto Rico dio un vuelco que resultaba inimaginable apenas unos días antes. ¿De dónde vino la fuerza que demostró Puerto Rico en aquellas dos mágicas semanas? ¿Cuáles fueron las raíces que alimentaron la determinación demostrada por los puertorriqueños durante esos días? ¿Cuál fue el campanazo que despertó a Puerto Rico de un marasmo de eras y lo llevó a la calle nada más y nada menos que a pedir la renuncia de un gobernador constitucionalmente electo?

¿Qué dice sobre nosotros lo ocurrido en el Verano del 19? ¿Qué implicaciones tiene para nuestro futuro lo recién ocurrido? ¿Fue lo ocurrido en julio (nunca más propiamente dicho) golondrina de un solo verano o realmente fuimos testigos de una transformación permanente en la sociedad puertorriqueña y su relación con el poder? ¿Hay señales que permitan pensar que estamos atestiguando una transformación permanente de la correlación de fuerzas y de los mecanismos de participación ciudadana y rendición de cuentas en la sociedad puertorriqueña? En pocas palabras, ¿somos realmente un país distinto después del mítico Verano del 19?

Las respuestas a esas preguntas que recién planteé, por supuesto, no las tengo. Más que respuestas, de paso, tengo preguntas. Preguntas que propongo que todos nos planteemos, mientras reflexionamos sobre asuntos tan graves en la vida colectiva de un país como los que nos han ocupado en este tiempo de altas turbulencias. Pero soy de la idea de que se sabe más de una persona, o de una sociedad, por lo que se pregunta que por lo que dice saber.

La primera pregunta es: ¿cómo llegamos al Verano del 19?

No hay una sola respuesta. Intentaré dar la que, de todo lo escuchado y reflexionado durante los pasados meses, a mí me parece más cercana a los eventos que nos ocupan.

Durante un par de décadas, la sociedad puertorriqueña fue mostrada al mundo por Estados Unidos como ejemplo de éxito económico y social, en contrapeso a las penurias del marxismo-leninismo que estaba siendo implantado en nuestra hermana Cuba. El progreso de aquellos años se debió, fundamentalmente, al trato privilegiado que nos dio Estados Unidos, con programas como al PRRA, la PRERA, Manos a la Obra y diversos esquemas de beneficios contributivos que dieron paso al acelerado proceso de industrialización y dramáticos cambios sociales que vivió la isla desde principios de los años 50 y durante todos los años 60.

“En veinte años, la isla se transformó de un distrito mayormente agrícola, a una plataforma industrial orientada a la exportación, con una cultura agrícola decadente”, dicen los historiadores Rafael Bernabe y César J. Ayala en su libro ‘Puerto Rico en el siglo americano: su historia desde 1898’.

En la década de los 70, este modelo ya mostraba cansancio y en los 90 se detenía, en gran medida porque su principal impulsor, Estados Unidos, había perdido el interés en

su vieja colonia del Caribe, después de que dejó de serle útil tras el derrumbe del bloque soviético y el fin de la Guerra Fría, que se desplomó súbitamente entre el 1989 y el 1991.

El pensador puertorriqueño Arcadio Díaz Quiñones explica así en su clásica colección de ensayos que tituló 'La memoria rota' como veía a Puerto Rico ya desde la década de los 90:

“Aquella feliz alianza utópica del Estado Libre Asociado estaba amenazada desde afuera y desde su propio interior. Pero no fue hasta finales de la década del sesenta y los años 70 que empezó a hacerse dramáticamente visible la crisis que ha ido exacerbándose hasta hoy, restándole legitimidad y apoyo a un proyecto que ya no parece viable”.

Como consecuencia del deterioro del modelo político y económico, todos los demás componentes de la vida colectiva se han ido derrumbando, poco a poco, ante nuestros ojos desinteresados, cuando no indolentes. Todas las competencias del Estado, desde las más complejas como el establecimiento de un modelo de desarrollo económico, hasta las más sencillas, como establecer un sistema de transporte confiable a Vieques y Culebra, fueron cayendo en crisis.

Llegaron básicamente al punto del desplome las tres competencias fundamentales de cualquier estado: salud, seguridad y educación.

En el camino, causa y consecuencia a la vez de la misma crisis, el Estado fue tomado por una clase política mediocre y fundamentalmente corrupta. Los partidos que albergan a esta clase política parasitaria, que por décadas se han intercambiado el poder, se convirtieron en el camino en logias cerradas y excluyentes que solo actúan en función de sus propios intereses y de quienes los sostienen y a las cuales es muy difícil, si no imposible, influir desde afuera.

A falta de algo importante que hacer en una colonia en que todo lo esencial – seguridad, economía, defensa, fronteras - se maneja desde afuera, se dedicaron a básicamente lo único que les quedaba: cebarse del presupuesto, del que viven pegados como abejas de un panal.

Tienen estos partidos todas las características de un culto: se hablan solo entre sí mismos, tienen símbolos y colores que los distinguen y hay que pasar múltiples pruebas de lealtad para que puedas decir en toda propiedad que eres uno de ellos.

Esos partidos se han apropiado del aparato público con tal voracidad que solo sienten que tiene derecho a servirle al país aquellas personas cuya lealtad sea a ellos y no al pueblo. Por eso es que uno va puesto por puesto de alto nivel en el gobierno y se encuentra ocupándolos a personas que no necesariamente son las más capacitadas, sino las que mejor conectadas estaban con el partido en el poder.

Hagamos el ejercicio mental y vamos a ver, con horror, que eso aplica a todo, desde los jueces del Tribunal Supremo y los secretarios de las agencias más importantes, hasta los supervisores de turno en las más anodinas agencias. Para esos partidos, las personas que tenemos ocupaciones más productivas en la vida que estar participando años tras año

en campañas políticas no existimos ni, desde el punto de vista de ellos, tenemos derecho a aportar.

De la misma manera, nos golpean con frecuencia que aturde las noticias de parientes y dolientes de políticos siendo reclutados, o como empleados o como contratistas, por políticos, con salarios inalcanzables para quien no tenga, por nacimiento o por haberla trabajado, la bendición de una buena conexión política.

Esta crisis poliédrica mostró su primer cénit en otro verano, el del 2016, momento en que, como un cohete que estalla en llamas, hizo explosión prácticamente lo que creíamos que era Puerto Rico y se deshizo en estruendo de pirotecnia la idea de país que nos habían vendido.

Un año antes, el entonces gobernador Alejandro García Padilla, había declarado la deuda impagable. En el verano del 2016 el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, en el caso Sánchez Valle, decidió que Puerto Rico nunca dejó de ser una colonia Washington y, el mismo día, la Cámara de Representantes federal, en respuesta a los impagos de deuda que venían de meses antes, aprobó la ley Promesa, que un par de semanas después sería refrendada por el Senado y firmada por un presidente, Barack Obama, que cuando venía a recaudar fondos dijo que iba a resolver el problema colonial de la isla en dos años.

Ese estatuto, como sabemos, derribó de un plumazo el simulacro de democracia con el que Estados Unidos nos había entretenido desde el 1952, nos devolvió a un régimen colonial clásico y nos puso bajo la tutela de la llamada Junta de Supervisión Fiscal, un organismo no electo que ha impuesto en la isla un brutal régimen de austeridad que ha empeorado el ya complicadísimo cuadro económico que vivíamos y cuyos efectos de una u otra manera los hemos sentidos todos.

El nivel de desdén de Estados Unidos por Puerto Rico es tal que Promesa, que es la acción más importante con respecto a Puerto Rico de los pasados 60 años, no es para mejorar ningún aspecto fundamental de nuestra vida colectiva, sino para quitarnos el control sobre nuestras propias finanzas de manera que haya la mayor cantidad de dinero posible para pagar una deuda adquirida en circunstancias harto dudosas, con poderosos conglomerados financieros estadounidenses.

El 20 de septiembre del 2017, nos barrió María. La resaca de aquel devastador ciclón sacó a flote, al mismo tiempo, la inviabilidad del estado puertorriqueño y el desdén sin nombre con el que nos tratan desde Estados Unidos. El huracán nos demostró, como nada había podido hacerlo antes, que estábamos solos. Ganamos ahí la conciencia de que, si algún día, íbamos a avanzar, tendría que ser por nuestros propios medios. Esa fue una idea más importante en el Verano del 19 de lo que se ve a simple vista.

Ese, entonces, era, a grandes rasgos, el cuadro de desolación de la sociedad puertorriqueña cuando nos sorprendió como un huracán el Verano del 19. Ruinas humeantes nos rodeaban. Vivíamos lo más profundo, frío y solitario de una interminable madrugada. Carecíamos de esperanza. Estábamos ante una sociedad en crisis en todos los órdenes, constreñida por las escasas posibilidades de desarrollo y de orden que caben dentro de la camisa de fuerza colonial.

Éramos víctimas de una economía en decadencia y de una clase política abusadora, desconectada de la realidad sanguínea del país, centrada solo en servirse a sí misma y a los intereses que la sostienen. Para la población, las más simples tareas de la vida colectiva de momento se habían vuelto con el paso del tiempo extraordinariamente complicadas.

Una sociedad que se sabía de las más desiguales del mundo, algo que quizás no se ve, pero que sin duda se siente. Una población que se sabía timada por el poder colonial y por sus cómplices aquí, aunque no haya podido nunca articularlo de esa manera. Una población que, según demuestran las dramáticas estadísticas de emigración, se veía cada día con menos posibilidades en Puerto Rico y prácticamente huye despavorida hacia otro país.

Desde hace muchos años, las acciones del poder fueron abriendo una grieta en su relación con la población. Cuando el inusualmente caliente verano del 2019 empezaba a andar con estruendo de tren de vapor, esa grieta era de una dimensión inconmensurable. La ruptura era irreparable.

Solo faltaba la mecha que prendiera el bosque.

Así llegó el 10 de julio y los arrestos bajo acusaciones de corrupción de las jefas de agencia que manejaban, entre ambas, la mitad del presupuesto del gobierno central. Y después el 11, el 12 y el 13, aquel sábado de Dios en que el país vio, por primera vez en su historia, cómo son sus gobernantes cuando creen que nadie los está mirando.

Y de ahí en adelante las marchas cada vez más concurridas. La marcha del 15 de julio, con 15 0 20,000 personas inundando las calles del Viejo San Juan. La del 17 de julio, también en el Viejo San Juan, a la que ya se habían involucrado artistas puertorriqueños de talla global como René Pérez, Benicio del Toro y Bad Bunny, la más grande, hasta ese momento, de las manifestaciones contra Ricardo Rosselló.

Y la marcha del 22 de julio, que superó las más ardientes expectativas de todo el país, que dejó corta a la que antes había sido la mayor marcha de nuestra historia: la que en el 21 de febrero de 2000 juntó a cientos de miles de puertorriqueños exigiendo el cese de los bombardeos de la Marina de Guerra de Estados Unidos en Vieques. Ese fue el día en que Puerto Rico dijo, con una sola voz: no más.

Después de muchas décadas de abuso, de atestiguar con ánimo mayormente perplejo cómo la isla de nuestros amores se iba derrumbando, cómo se iba desintegrando la sociedad en que aspiramos a vivir, por fin Puerto Rico reaccionaba. Estábamos despiertos y en pie de lucha. Mi querida amiga Wilda Rodríguez, que viene tomándole el pulso al país al menos desde principios de los años 70, resumió lo ocurrido en un corto, pero fulminante comentario en sus redes sociales: “Puerto Rico está despierto. No he vivido en vano”.

La mecha que prendió el fuego fue la visión del poder sin máscaras, como siempre imaginamos, o temimos que era, a puertas cerradas, según nos lo mostró el chat. Había, en aquella bochornosa conversación, una frase que corroboraba nuestras más antiguas sospechas y que, a mi juicio, resumía como ninguna otra lo que allí se pensaba y se decía: “cogemos de ... hasta a los nuestros”.

Ayudó, a despertar por supuesto, que quien ejercía el poder, o el poder casi simbólico que se ejerce en una colonia, en ese momento en particular, era Ricardo Antonio Rosselló Nevares.

Ricardo Rosselló, quien, como sabemos, no tenía ninguna experiencia de trabajo significativa antes de ser electo a la gobernación, llegó al primer puesto electivo del país no por ningún mérito particular que pudiera tener, sino por ser hijo de papá, por haber sido cargado por poderosos intereses y por haberse beneficiado de un sistema electoral demente y anacrónico que permite a alguien elegirse con el voto de solo cuatro de cada diez votantes, como fue su caso.

Puerto Rico sabía que Rosselló no merecía el puesto, ni estaba capacitado para ejercerlo. Era una burla para gran parte del país que él fuera el gobernador. No era alguien a quien la gente le reconociera capacidad, estatura ni experiencia para dirigirlo. No fue, no podía ser, no tenía el material para serlo, el líder de Puerto Rico. Por eso la consigna era, simplemente, “Ricky, renuncia”.

Su breve tiempo en la Fortaleza estuvo marcado por la incompetencia, la corrupción, la superficialidad, la insensibilidad y, como quedó evidenciado en el chat, hasta por la crueldad. No se vio nunca un interés genuino por atender los graves problemas de Puerto Rico. Todo eran representaciones de relaciones públicas para parecer que estaba haciendo algo y tratar, así, de mantenerse en el poder para seguir beneficiando a los allegados que saquearon, y en algunos casos siguen saqueando, el tesoro público, sin ningún pudor.

Hacia recordar al senador Onésimo Sánchez, del cuento ‘Muerte constante más allá del amor’, de quien Gabriel García Márquez escribió:

“Mientras hablaba, sus ayudantes echaban al aire puñados de pajaritos de papel y los falsos animales cobraban vida, revoloteaban sobre la tribuna de tablas y se iban por el mar. Al mismo tiempo, otros sacaban de los furgones unos árboles de teatro con hojas de fieltro y los sembraban a espaldas de la multitud en el suelo de salitre. Por último, armaron una fachada de cartón con casas fingidas de ladrillos rojos y ventanas de vidrio, y taparon con ella los ranchos miserables de la vida real”.

(Vuelvo a menudo a ese pasaje porque me parece una descripción milimétrica de lo que hacen la mayoría de los políticos con Puerto Rico).

El que Ricardo Rosselló haya sido el gobernador fue un catalítico más importante de lo que se ha reconocido. La gente venía viendo y sintiendo desde enero de 2017 que no era alguien en quien se pudiera confiar. No había ninguna relación entre el público y esa manifestación del poder. Rosselló era, en resumen, un símbolo perfecto de todos los males que la clase política nos había estado tirando encima por tantos años y solo hacía falta una pequeña motivación para salir a sacarlo.

De eso, fundamentalmente, se trató el Verano del 19.

La pregunta que todos nos hacemos: ¿cambió Puerto Rico durante el Verano del 19? Más importante, aún: ¿fue un cambio permanente, importante, que se vaya a notar, que desemboque en alguna transformación positiva en la vida colectiva de nosotros los puertorriqueños?

Antes de entrar a intentar responder a esa pregunta crítica, fundamental, que todos nos estamos haciendo desde aquellos días, conviene volver a mirar un poquito atrás.

Un cambio muy importante en la sociedad puertorriqueña viene manifestándose desde por lo menos ocho o diez años. Son cambios muy graduales, imperceptibles desde diversas dimensiones. Pero las señales están ahí, si queremos verlas.

La más importante, visible y obvia de esas señales es la masiva emigración. La isla ha perdido poco más de el 10% de la población desde el 2006 hacia acá. Los índices de natalidad se han desplomado. En el 2018, por primera vez en nuestra historia, murieron más puertorriqueños de los que nacieron. Entre el 1997 y el 2017, se redujo a la mitad la cantidad de niños en nuestras escuelas públicas. En el 2000, estábamos a punto de llegar a cuatro millones de habitantes. Hoy somos 3.2 millones. Al ritmo que vamos, en el 2050, dentro de apenas 31 años, seremos 2.2 millones, la misma cantidad que había en Puerto Rico en el 1950 y un millón menos que hoy.

No hay registrada en la historia de la humanidad un nivel de emigración de esa magnitud en un sitio en el que no haya ocurrido una guerra o una conflagración natural. Nosotros, por supuesto, tuvimos María en el 2017 y eso, sin duda, aceleró el ritmo de la emigración.

Pero desde mucho antes miles y miles de puertorriqueños venían viendo las puertas del aeropuerto que le llevan a otro país como la única manera de mejorar su situación. Es, a consecuencia, de la otra conflagración, el terremoto de pobreza, precariedad, coloniaje, corrupción e incompetencia que nos ha estado sacudiendo durante, al menos, las últimas tres décadas. Y se fueron desde obreros hasta maestros, médicos, ingenieros y otros profesionales que, trágicamente, dejaron de ver en Puerto Rico el lugar donde podían realizar sus sueños o los de sus familias.

Otras señales son menos perceptibles, pero igual de importantes.

En las elecciones del 2000, 1,837,109 votaron por el PNP y el PPD, los dos partidos políticos mayoritarios. En el 2016, esa cifra descendió a 1,111,456, una reducción de 39%. La población ha bajado, pero no tanto, como ya sabemos. Entre el 1972 y el 2012, el PNP y el PPD no sacaron nunca menos del 92% del total de votos emitidos en una elección. En el 2016, entre ambos apenas rasparon el 80%. Ese año, una candidata independiente, Alexandra Lúgaro, sacó el 11.13% de los votos. En esa elección, también, por primera vez resultó electo un senador independiente, José Vargas Vidot.

Las elecciones no son el único termómetro de una sociedad, pero son uno muy importante.

Ese termómetro, en este momento, está dejando ver, con deslumbrante claridad, que cada día hay menos satisfacción con lo que llamamos la política tradicional. No me parece todavía que los partidos tradicionales hayan muerto. Ni siquiera están agonizando. Pero es evidente que no tienen la misma vida de antes.

No han demostrado que hayan aprendido las lecciones del Verano del 19 y quieren continuar actuando en “business as usual”. Pero en esas dos semanas de julio sintieron el aliento indignado de la nación puertorriqueña. Los que al principio dijeron “son los mismos

de siempre” en el transcurso de esas dos semanas vieron en la fuerza del país que no podía seguir tratando de actuar como siempre y empezaron a cumplimentar los trámites para residenciar a Ricardo Rosselló.

Los que trataron en primera instancia de resolver la crisis política en cuartos oscuros, tuvieron que, ante la fuerza de océano embravecido del pueblo puertorriqueño, salir a la luz y asumir bando. En el transcurso de aquellos días, no quedó nadie del lado de Ricardo Rosselló. No fue que se convirtieron de repente en hombres y mujeres de principios. Fue que sintieron la tierra temblando como nunca se había sentido en Puerto Rico y corrieron a buscar refugio.

Después de la renuncia de Ricardo Rosselló, tras la turbulencia momentánea de la decisión de Pedro Pierluisi de juramentar sin haber concluido el proceso de confirmación en la Legislatura, el país ha vuelto a la normalidad. La política, después de la tremenda sacudida del Verano del 19, también volvió a la normalidad. Esto es, a la normalidad de escándalos de corrupción, de las investigaciones del FBI, del nepotismo, de los súper contratos, de incompetencia en las agencias, de la austeridad, la precariedad y el abuso y el coloniaje.

Se avecina un periodo electoral del que nadie en su sano juicio puede en este momento vaticinar si traerá el cambio que este país reclama. La ruta sigue siendo escarpada, sobre todo porque hay sectores poderosísimos, políticos y económicos, a los que les gustan las cosas como están y están atrincherados. El sistema electoral, por ejemplo, sigue siendo tan cerrado como antes. Los personajes que están postulándose con posibilidades de ganar no permiten albergar muchas esperanzas.

Pero, al final del día eso no importa tanto.

El país ya sabe de lo que es capaz. Lo probó en el glorioso Verano del 19. No logró todo lo que se necesita lograr, pero lo que hizo no es poco. Avanzó algo y eso, en nuestras circunstancias, es muchísimo. El mensaje fue clarísimo. La clase política, se haga la sorda, lo sabe.

Ha habido algunas réplicas menores después del verano. Se siente, particularmente en estos días, en que nuevas revelaciones de corrupción nos azotan todos los días, palpitaciones muy parecidas a los de los días previos al Verano del 19. ¿Habrà otro verano similar en el panorama? No se sabe, pero, en el Puerto Rico posterior al Verano del 19, todo parece posible.

Esa flecha está en el aire. Dónde, cuándo y cómo va a impactar, eso es lo que, en este momento no podemos decir. Pero de que el cambio viene, el cambio viene. De hecho, ya empezó.